

Rafael Fernández Rodríguez

## En los aledaños del río (\*)

A la indecisa luz del amanecer, en el alto de la meseta se perfiló la tropilla que recién empezaba a bajar la cuesta. Palidecieron las estrellas y el helado viento que subía del río las fué apagando una a una.

Ya en las lomas, el ruido que producían los cascos de los mulares, al pisar los guijarros de la ondulada llanura, trizó el silencio; ladraron los perros de los ranchos ribereños; retrasado comenzó a cantar el gallo que estaba oculto entre las ramas de un espino.

En la venta, situada en un alto del ribazo, se sintió la primera palpitación de vida; la voz de la posadera surgió aguda y soñolienta del interior de la casa:

—¡Amadorita! ¿Se levantó ya? Prienda el horno, que no tardan en llegar los arrieros...!

Junto a la vara topeadora que margina la huella del camino y defiende al parrón que sombrea al corredor de la posada, se iba agrupando la recua; la voz de Pedro Ramírez resonó sonora, devolviéndole sus palabras el eco desde el fondo de las montañas:

---

(\*) Capítulo de «El Alto de los Canelos», libro que completará la trilogía campesina que Fernández-Rodríguez inició con «Estampas del Rapel» y «Tierras de Pedro Ramírez».

—¿Qué está durmiendo Manuelita?

La aludida asomando su desgredada cabeza por un ventanuco de la cocina, le respondió:

—¡No Peiro! ¡Hay que ver que llegaron con diuca hoy! ¡Desmóntense que en un Jesús les tengo listo el desayuno!

Los perros de casa recibieron a los hombres como a antiguos conocidos, en tanto que los «quiltros» que acompañaban a la tropilla iniciaron un conato de ataque, gruñéndole belicosos. Las palabras enérgicas de uno de los arrieros sofocaron de inmediato el intento agresivo:

—¡Salgan dey hijunas! ¡Salgan dey moleeras...! —Mohinos los canes se echaron en el corredor...—

Una humareda que se diluía en el azul del alba principió a salir por las puertas del horno ubicado en un rincón del huerto; en lisa tabla de álamo y bajo un paño hecho de sacos harineros, estaba el pan aún crudo. Amadora, la niña que ayuda en sus quehaceres domésticos a la ventera, dejó quemarse los trozos de leña hasta que se convirtieron en brazas; luego, cogiendo una escoba formada por ramas de eucaliptus recién cortadas, barrió el piso ardiente del horno; con una larga pala de madera, introdujo las masas al interior; tapó las pequeñas aberturas con pedazos de latón; sobre ellas colocó gangochos humedecidos.

Una llamarada de sol iluminó al paraje, pero aún quedaban jirones de noche en las hondonadas de los cerros. Por en medio de la corriente, de aguas arriba, venía Pablo Meléndez en su tosca lancha; pasada la «Última turbia» del invierno remontan los cauques el estuario y en cada lance se repletan las redes. Con las alas perladas de rocío surcaron el azul rumbo al mar bandadas de flamencos y garzas.

De la orilla norte se desprendió la balsa fiscal; el jadear del motor resonaba anacrónico en la soldedad del paisaje.

En las lomas altas pacían corderos y cabros; son esas tierras de rulo salpicadas de huertas que riegan molinos y norias.

Ya con sol alto comenzaron los arrieros a desayunar a base de su causeo: charqui vacuno con ají colorado que se machacan conjuntamente, dejándolos dorar sobre las brazas; esta vez lo acompañaban con enormes tazas de café y oloroso «pan de mujer recién sacado». Manuelita, en tanto, indagaba noticias de los amigos de tierra adentro...

Pedro la interrumpió:

—¿Por un casual? ¿ha visto al Hermano Pío? Manuela...

—Con noche pasó ayer para Bucalemu; iba re enterado con una borrega al anca...

—¿Con quién? Manuela.

—No sea mal pensado, ño Peiro... Si Pío es bien serio; al anca del asno llevaba una oveja; iba pa lo de on Hernán Matta a ver si conseguía más que no juera, un chivato ¡a lo mejor pa hacer la cría! Bien puee que vuelva hoy. Me dijo que este año tenía que joderse mucho, porque un montón de frailes va a pasar la veranada en Matanzas. ¡La gente es tan poco caritativa ahora! La suerte es que al Hermano no hay quien no lo quiera por estos pagos y lo aprecie como es debido; naiden le niega nada; que si no fuera por eso, ayunaban los pairecitos...

Todavía conservaba la ágil posadera del Rapel, Manuelita Villamar, parte de la fresca lozanía de su juventud; en su cara redonda se perfilaban sus facciones regulares; gruesas crenchas iluminaban su cutis retostado por los vientos marinos; frizaría los cincuenta años llevados con espléndida salud y agrio buen humor.

Ramírez salió a la esplanada y tomando a su cabalgadura del cabestro la llevó al galpón que hay apegado a la casa; sin taparle la cabeza, le sacó montura y freno que dejó sobre un orcón; se diría que mientras el hombre la desensillaba, la bestia lo miraba con extrañeza: no tenía costumbre de quedarse en el camino, mientras los demás seguían adelante. Ramírez sin abrir los labios, le dió una palmada en el anca empujándola hacia



las vegas; hubo de repetir la acción para que tomando un trotecito corto comenzara a descender el ribazo.

La Villamar, que había visto la maniobra del arriero, le preguntó solícita:

—¿Que no sigue ño Peiro?

—No. Los «niños» llegarán ahora hasta el puerto; yo me quedaré bien puede que hasta entradas del verano a orillas del río. ¿Me da pensión Manuela?

—¡No faltaba más! ¡A lo propio no más llega, ño Peiro! ¡Próspero se va alegrar re harto cuando sepa la nombrá!

—¿Siempre sigue enfermo?

—Lo mesmo no más... Mi Próspero no arriba nunca... Jué mal el que le hizo la maldita mujer... ¡Jue mal! Naiden me quitará esta idea de la cabeza... Y le pasó por meterse a diablo... Largo y caro la está pagando el pobre...

Corría el sol hacia el cénit. Los arrieros comenzaron a juntar a la tropilla; la campanita de la madrina facilitó la tarea; ya agrupadas las mulas en el camino que suavemente descende hacia la orilla, Pedro como en tantas ocasiones anteriores, contó los animales, revisó los aparejos, y cuando todo estuvo en orden dió la voz de partida:

—¡¡Arre mulas!! Vamos andando...

Puesta en movimiento la recua, siguió el hombre al lado de sus compañeros que ajustaron a sus pasos el de las cabalgaduras; al llegar a la balsa le dió las últimas instrucciones.

El arriero que ahora tomara el mando de la tropilla le dijo una vez más:

—Siga con nosotros ño Peiro; bien sabe que sin usté no nos hallamos...

Con voz opaca él respondió:

—Cuando veníamos por los Llanos de Hidango, en camino parejo, tres veces tropezó la mula sin razón ¡mala seña es esa! pues sabido y cierto es que:

«Cuando tu mula sin causa  
se tropiece muy seguido,  
déjala que descanse  
en la venta del camino».

—Y para mí—prosiguió—la primera posada es ésta; en las orillas del Rapel... Sigán niños que aquí me encontrarán cuando regresen... Ahora que, en cuanto los soles quemén, tengo que ir para la sierra, al Alto de los Canelos... Mi tiempo galopa... Entuavía las piernas están firmes, pero el corazón anda más despacio en cada viaje... Y yo tengo tanto que caminar...

Lo interrumpió el resonar del motor de la balsa que iniciaba la travesía... Los hombres se despidieron... La embarcación se desprendió con suavidad de la orilla...

Cruzada la corriente, bajo la gloria del sol, entre una nube dorada la caravana comenzó a subir la cuesta de San Enrique.

Pedro Ramírez la miró alejarse, apoyado en un viejo lanchón que encallara a entradas del invierno junto al «paso».

\* \* \*

Era la hora en que comienza la salmodia de las ranas a orillas de los charcos y lagunales, cuando el Hermano Pío se detuvo a la vera de la puerta de trancas del camino vecinal. La bestia sudada por el viaje hecho desde Bucalemu hasta el río, dando la vuelta por el balseadero antiguo de Licanheu, se quedó inmóvil, mientras el lego retiraba, una a una, las varas que le impedían la entrada. Un fuerte tirón dado a las riendas hizo cruzar al asno. Pío desaparejó, dejando caer al suelo, un par de corderos, los que tras grandes esfuerzos pudieron tenerse en pie. Meticuloso y acostumbrado a cumplir las leyes del campo, el hombre volvió a dejar las varas en el sitio en que se encontraban al llegar; después con las riendas al brazo se inter-

nó por los camellones de la viña que deslinda con la huerta de la posada... Animando con grandes gritos serranos a la pareja que a duras penas caminaba, siguió tranco a tranco...

Comenzaba a declinar el lucero de la tarde... El lego pensó: «A la tercera estrella es noche entera...» «Así afirma ño Peiro...». Si no apuro el paso, se me va a echar la noche encima... Y con esta pareja de tullidos. A tientas siguió caminando, hasta que surgió ante su vista la pequeña meseta...

Parpadeó una luz entre los matorrales que cruzaba; Alcalde lo alfateó delatando su presencia con alegres ladridos...

La voz de Ramírez lo saludó desde el corredor:

—¡Ave María Purísima! Buenas noches Hermano.

—Sin pecado concebida ¿cómo le vá ño Peiro?